CHARLESMAN: ***La Sombra del Cristal-X***

Por: Charles Alexander Sablich Huamani
Para: Charles Emanuel Sablich Vera

CHARLESMAN: ***La Sombra del Cristal-X***

1. Un presagio en el cielo

Una lluvia de meteoros ilumina la noche. Entre ellos, una esfera metálica cae cerca del hogar de Charlesman, portando un mensaje de advertencia… no de los alienígenas de piedra, sino de una nueva amenaza.

2. El retorno de Korgath

El antiguo enemigo, debilitado y herido, busca a Charlesman para advertirle de una fuerza más grande: *Los Forjadores del Vacío*, creadores originales del Cristal-X.

3. La señal del Cristal-X

Los padres de Charlesman detectan una frecuencia extraña emitida por el mineral. Descubren que es un "llamado" para activar un portal interdimensional.

4. El rapto de Max

En una emboscada, los Forjadores secuestran a Max, usando su energía láser para alimentar el portal. Charlesman jura recuperarlo, cueste lo que cueste.

5. La alianza improbable

Charlesman y Korgath forman un pacto temporal. Korgath ofrece su fuerza y conocimiento a cambio de la promesa de salvar a su pueblo.

6. Entrenamiento en la Torre del Viento

En una antigua instalación alienígena en los Andes, Charlesman perfecciona su vuelo, resistencia y control del cristal para enfrentar enemigos que pueden manipular la materia.

7. Infiltración en el Mundo del Vacío

Usando un traje creado por sus padres y modificado por Korgath, Charlesman atraviesa el portal para llegar a un universo oscuro y sin gravedad estable.

8. La batalla por Max

En un campo de roca flotante, Charlesman enfrenta a un general Forjador. El combate es feroz, y Max, debilitado, logra disparar un último rayo para salvar a su amigo.

9. El despertar del Cristal Viviente

El núcleo de poder de los Forjadores es un Cristal-X consciente. Descubre que puede elegir a quién servir y se siente atraído por la pureza de Charlesman.

10. Un juramento bajo las estrellas

Charlesman regresa con Max, pero sabe que el Cristal Viviente dejó una parte de su esencia en su brazo. Mira el cielo y ve que no es el final… sino el inicio de algo mucho más grande.

1. Un presagio en el cielo

La noche caía tranquila sobre la pequeña ciudad. Charlesman, recostado sobre el tejado de su casa, observaba las estrellas junto a Max, que bostezaba y apoyaba la cabeza sobre sus patas. Desde hacía semanas, algo en el aire le inquietaba: una sensación de que algo nuevo se aproximaba, como una tormenta invisible que aún no mostraba sus nubes.

Fue entonces cuando el cielo se encendió.
Una lluvia de meteoros cruzó la bóveda oscura, dejando estelas doradas y rojizas que iluminaban los techos, los árboles y las calles desiertas. La gente salía a los balcones para admirar el espectáculo, sin sospechar que entre aquellas rocas incandescentes venía algo más… algo vivo.

Charlesman sintió un leve hormigueo en su brazo cristalino, como si el **Cristal-X** dentro de él vibrara al compás de un llamado distante.
—Max… —susurró—. Esto no es una lluvia de meteoros cualquiera.

De pronto, una esfera metálica, envuelta en fuego, atravesó la atmósfera y se estrelló en el bosque a las afueras de la ciudad. El impacto sacudió el suelo y levantó una columna de humo visible desde kilómetros. Sin esperar más, Charlesman y Max se lanzaron al aire, surcando la noche como dos flechas de luz.

Al llegar al lugar del impacto, encontraron la esfera incrustada en la tierra, aún humeante. Sus placas metálicas se abrieron lentamente, liberando un destello azul que los obligó a entrecerrar los ojos. Dentro, no había armas ni alienígenas… había un pequeño dispositivo de cristal, con inscripciones extrañas y una voz que comenzó a hablar en un idioma desconocido.

De pronto, el Cristal-X en el brazo de Charlesman respondió, proyectando una traducción en el aire:

“Joven portador… no luchas contra la verdadera amenaza. Los que forjaron tu poder han despertado, y vendrán a reclamarlo. Prepárate, porque no vendrán solos.”

Max gruñó, sus ojos encendiéndose de rojo. Charlesman apretó el puño, sintiendo cómo la advertencia se clavaba en su mente. No era solo un mensaje: era una cuenta regresiva.

La noche volvió a quedar en silencio… pero para Charlesman, ese silencio era más aterrador que cualquier grito de batalla.

2. El retorno de Korgath

El amanecer llegó sin que Charlesman pegara un ojo. Durante toda la noche, el mensaje resonó en su cabeza como un eco interminable: *"Los que forjaron tu poder han despertado"*.
Max, inquieto, rondaba por la habitación, como si también sintiera el peligro acercarse.

A media mañana, un estruendo hizo temblar las ventanas. Charlesman salió al jardín y vio cómo, a lo lejos, una figura gigantesca descendía desde una nave maltrecha, envuelta en humo negro. Su silueta, pesada y familiar, hizo que apretara los dientes: **Korgath**, el antiguo líder de los alienígenas de piedra.

El instinto le dijo que se preparara para la batalla, pero algo estaba distinto. Korgath caminaba cojeando, con partes de su cuerpo agrietadas y desprendiendo polvo como si su estructura estuviera desmoronándose. Sus seis brazos, antes firmes como columnas, temblaban bajo su propio peso.

—Charlesman… —gruñó con voz profunda, pero no como enemigo, sino como alguien que suplicaba ser escuchado—. No he venido a luchar.

Max se interpuso, con el pelaje erizado y un láser listo para disparar. Charlesman alzó la mano para detenerlo, observando con desconfianza.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó.
—Porque lo que viene… nos destruirá a todos. —Korgath se desplomó de rodillas, el suelo retumbando bajo su peso—. Los Forjadores del Vacío… los verdaderos creadores del Cristal-X… han despertado.

Charlesman sintió un frío recorrerle la espalda.
—¿Y por qué habría de creerte?
—Porque yo… los he visto —dijo Korgath, con un brillo de miedo genuino en sus ojos de piedra—. No buscan conquistar. Buscan consumir. Cuando encuentren el Cristal-X en tu cuerpo… y en tu perro… no habrá rincón del universo donde puedas esconderte.

Max soltó un gruñido bajo. La tensión en el aire era tan densa que parecía que el tiempo se había detenido. Charlesman, aunque aún desconfiaba, vio algo en Korgath que nunca antes había visto: desesperación.

—Si es cierto lo que dices —respondió con voz firme—, más te vale no traicionarme.
—No pienso traicionarte… porque si mueres, yo también estaré perdido. —Korgath levantó la vista, y en ese momento, un estruendo en el cielo anunció la llegada de algo más.

Charlesman giró la cabeza. Entre las nubes, una silueta gigantesca se movía, proyectando sombras que cubrían toda la ciudad.

La alianza más improbable estaba a punto de comenzar.

3. La señal del Cristal-X

El rugido del cielo se desvaneció, pero dejó tras de sí un silencio cargado de tensión. Charlesman llevó a Korgath al laboratorio oculto que sus padres habían construido bajo la casa. Era un lugar seguro… o al menos, lo había sido hasta ese día.

La Dra. Elena y el Dr. Richard Voss observaban con recelo al coloso de piedra sentado en un banco reforzado, mientras Max se mantenía alerta, su mirada fija en cualquier movimiento sospechoso.

—Mamá, papá… —dijo Charlesman—, Korgath dice que hay algo peor que los alienígenas de piedra. Algo llamado los *Forjadores del Vacío*.
Elena frunció el ceño.
—Ese nombre… lo leí en un registro antiguo que venía en la cápsula del Cristal-X. Creí que era una leyenda.
—No lo es —gruñó Korgath—. Ellos crearon el Cristal-X para forjar armas vivientes. Y ahora vienen por él.

Mientras hablaban, un pitido agudo resonó en el laboratorio. Una de las consolas comenzó a parpadear en un patrón extraño. El Dr. Richard se acercó y vio que las lecturas del Cristal-X en el brazo de Charlesman se estaban volviendo inestables.

—Esto no es radiación ni energía acumulada… —murmuró Richard—. Es una *frecuencia*.
—¿Frecuencia? —preguntó Charlesman.
—Sí… como si estuviera transmitiendo una señal.

El laboratorio se llenó de un zumbido profundo que hacía vibrar las paredes. En la pantalla holográfica, el modelo 3D del Cristal-X se encendió con destellos azules y dorados, emitiendo ondas que salían disparadas más allá del sistema solar.

—No es una señal cualquiera… —dijo Elena con voz grave—. Es un llamado.
—Un llamado… ¿a quién? —preguntó Charlesman.
Korgath bajó la mirada.
—A ellos. A los Forjadores.

De pronto, en la pantalla apareció un mapa estelar que mostraba tres puntos de luz moviéndose rápidamente hacia la Tierra. La velocidad era imposible para cualquier nave humana.

Max gruñó y se colocó delante de Charlesman, como si pudiera protegerlo de una amenaza que aún estaba a millones de kilómetros.
—Sea lo que sea, ya viene —dijo Richard—. Y no tenemos mucho tiempo antes de que llegue.

Charlesman apretó el puño, sintiendo cómo el Cristal-X palpitaba en su brazo. Por primera vez desde que recibió sus poderes, no se sintió como un don… sino como una trampa.

Cristal-X

4. El rapto de Max

La noche volvió a caer sobre la ciudad, pero esta vez Charlesman no podía dormir.
Korgath descansaba —si es que una roca viviente podía hacerlo— en un rincón reforzado del laboratorio. Sus padres analizaban sin descanso la frecuencia emitida por el Cristal-X, tratando de encontrar una forma de bloquearla.

Max, inquieto, rondaba cerca de la ventana. Sus ojos rojos se encendían y apagaban como si percibiera algo que los humanos no podían ver. Charlesman lo notó y se acercó.
—¿Qué pasa, amigo? —preguntó, acariciándole la cabeza.

Un segundo después, el cielo se iluminó con un rayo de luz blanca que cayó como un relámpago sobre el jardín. Un estruendo sacudió la casa y, antes de que Charlesman pudiera reaccionar, una figura oscura emergió del resplandor: alta, esquelética, con armadura negra que parecía hecha de cristal vivo. Sus movimientos eran rápidos, casi imposibles de seguir.

Max gruñó y lanzó un rayo láser directo a la figura, pero esta lo esquivó con facilidad, envolviendo al perro en una red de luz azul. El tejido brillaba y se contraía, bloqueando cualquier movimiento.

—¡MAX! —gritó Charlesman, lanzándose hacia él.

La criatura levantó la red, y Charlesman sintió una oleada de energía que lo empujó contra la pared. El impacto le cortó la respiración.
En ese instante, vio los ojos de Max, llenos de furia y miedo, antes de que la figura activara un portal circular que destelló con una luz cegadora.

—No es tu enemigo —gruñó Korgath desde el fondo, intentando levantarse—. ¡Es un Cazador del Vacío!

Charlesman se lanzó hacia el portal, pero este se cerró un segundo antes de que pudiera cruzarlo. Golpeó el suelo con el puño cristalino, agrietando las baldosas.

—Se lo han llevado… —susurró con la voz quebrada.

El Dr. Richard corrió hacia la consola, revisando las lecturas.
—Puedo rastrear la firma energética del portal, pero… no está en este sistema estelar.
—Entonces iremos allá —dijo Charlesman, con los ojos encendidos de determinación.

Korgath lo miró con gravedad.
—Si entras en su mundo, no habrá vuelta atrás.
—No pienso volver hasta traerlo conmigo —respondió Charlesman, firme.

El silencio que siguió no era de duda, sino de aceptación. La misión de rescate acababa de comenzar.

5. La alianza improbable

El laboratorio estaba sumido en penumbra, iluminado solo por las pantallas holográficas que mostraban la ruta del portal. Afuera, la ciudad dormía sin saber que una guerra silenciosa estaba por comenzar.

Charlesman se mantenía de pie, mirando fijamente el punto rojo que marcaba la ubicación de Max. Estaba demasiado lejos para una nave humana… y en un territorio que, según Korgath, ningún ser vivo había pisado y regresado.

—No puedo hacerlo solo —admitió Charlesman, con un tono que le costaba pronunciar.
Korgath, sentado con sus seis brazos cruzados, lo observó sin moverse.
—No es solo cuestión de que puedas o no. El territorio de los Forjadores del Vacío no es un lugar… es una trampa viviente. Incluso yo, que serví a su propósito, apenas entiendo cómo funciona.
—Entonces enséñame —respondió Charlesman, clavándole la mirada—. Ayúdame a entrar y a salir con Max.

El silencio se prolongó unos segundos. Finalmente, Korgath se levantó, su sombra cubriendo a Charlesman como una muralla.
—Haré un trato contigo, niño —gruñó—. Te guiaré hasta su mundo… pero cuando llegue el momento, si debemos elegir entre tu perro y detener el núcleo de los Forjadores, tendrás que decidir.
—No habrá elección —dijo Charlesman con firmeza—. Vamos a salvar a Max y a destruir ese núcleo.

La Dra. Elena y el Dr. Richard intercambiaron miradas preocupadas.
—Si van a intentarlo, necesitarán más que voluntad —dijo Richard—. El portal de los Forjadores no se puede cruzar sin un adaptador cuántico. Y solo tenemos uno… el que encontramos junto al Cristal-X.

Colocó sobre la mesa un pequeño dispositivo plateado con grabados alienígenas. Korgath lo tomó con cuidado, como si sostuviera algo sagrado.
—Esto nos permitirá entrar… pero no garantiza la salida.

Charlesman lo recogió y lo aseguró en su cinturón.
—Entonces aprenderé a abrir la salida yo mismo.

Korgath sonrió levemente, un gesto extraño en su rostro pétreo.
—Tienes más valor del que creía. Quizá por eso los Forjadores te quieren tanto como enemigo.

La alianza quedó sellada con un simple asentimiento. No había apretones de manos ni promesas vacías. Solo la certeza de que sus destinos estaban unidos, al menos hasta que Max estuviera a salvo.

Mientras se preparaban, un eco profundo resonó en el cielo. No era un trueno. Era un aviso… y ambos lo sabían: el tiempo para entrenar y planear estaba a punto de agotarse.

6. Entrenamiento en la Torre del Viento

El viaje hasta la Torre del Viento fue largo y silencioso. Situada en lo más alto de una cordillera olvidada en los Andes, la estructura parecía un dedo de piedra que rasgaba las nubes. Era una construcción alienígena, anterior incluso a la llegada de los alienígenas de piedra, y según Korgath, allí se podía aprender a sobrevivir en entornos imposibles.

Cuando aterrizaron en la plataforma exterior, el aire era tan delgado que cada respiración parecía una lucha. Las corrientes de viento eran tan fuertes que podían arrancar del suelo a cualquier desprevenido. Charlesman observó la torre: muros oscuros cubiertos de inscripciones brillantes, y en la cima, una antena que emitía un zumbido constante, como si estuviera conectada a otra dimensión.

—Aquí —dijo Korgath— aprenderás a moverte sin gravedad, a resistir atmósferas hostiles y a usar tu energía de manera precisa. Si fallas aquí, fallarás en el mundo de los Forjadores.

El entrenamiento comenzó al amanecer.
Primero, Charlesman tuvo que atravesar un pasillo en espiral donde el viento cambiaba de dirección cada segundo. A veces lo empujaba contra el techo, otras lo lanzaba hacia paredes afiladas como cuchillas. Tuvo que aprender a usar su vuelo para equilibrarse, controlando cada músculo y cada ráfaga de poder del Cristal-X.

Luego vino la prueba de resistencia: Korgath activó una cámara de gravedad variable que oscilaba entre ingravidez total y el peso de diez mundos. Charlesman sintió cómo sus huesos crujían y su corazón latía al límite, pero se negó a ceder.

Por último, la prueba más peligrosa: el **Anillo de Resonancia**.
Era una sala circular donde el Cristal-X de su brazo reaccionaba de forma salvaje, lanzando destellos de energía incontrolables. El objetivo era simple: mantener el control y dirigir la energía hacia blancos móviles sin destruir el resto de la sala. Al principio falló, derribando columnas y destrozando parte del suelo, pero poco a poco aprendió a canalizar la fuerza, afinando su puntería como un arquero milenario.

Korgath lo observaba en silencio, sin elogios ni críticas, pero en su mirada pétrea había un respeto creciente.
—No pensé que aguantarías tanto —admitió al final del día—. Quizá… sí tengas una oportunidad ahí fuera.

Charlesman, agotado y sudoroso, se dejó caer en el suelo. Miró hacia el horizonte y vio cómo las nubes se teñían de rojo bajo la luz del atardecer. En algún lugar, Max estaba solo… pero pronto, ya no lo estaría.

La Torre del Viento no solo lo había entrenado: lo había endurecido. Y sabía que lo que venía exigiría más que fuerza… exigiría no rendirse nunca.

7. Infiltración en el Mundo del Vacío

La noche antes de partir, el laboratorio se llenó de una luz tenue. El adaptador cuántico descansaba sobre la mesa, vibrando como un corazón vivo. Los padres de Charlesman hicieron los últimos ajustes en su traje: refuerzos para la presión variable, filtros para atmósferas corrosivas y un sistema de anclaje que pudiera sujetarlo incluso en ingravidez absoluta.

Korgath esperaba en silencio, observando cada movimiento. Su armadura pétrea llevaba grietas nuevas, pero sus seis brazos se movían con la precisión de un guerrero veterano.
—Una vez crucemos, no habrá caminos de regreso —advirtió—. El portal se cierra tras nosotros… y sólo se abrirá desde dentro.

Charlesman asintió.
—Entonces no perderemos tiempo.

El adaptador cuántico se activó con un destello blanco que se tornó azul. Un círculo luminoso se formó en medio del laboratorio, y del otro lado, solo se veía oscuridad… pero no un negro vacío, sino un abismo que parecía absorber la luz. Max no estaba allí, pero Charlesman sintió su presencia, como si el Cristal-X resonara con el mismo latido que el de su amigo.

Sin dudar, dio el primer paso. La sensación fue como atravesar un río de hielo líquido. Durante unos segundos no supo si estaba cayendo, flotando o siendo arrastrado por una corriente invisible. Luego, la oscuridad se abrió a un paisaje imposible.

No había cielo ni suelo como en la Tierra. Todo era un mar infinito de fragmentos de roca flotante, algunos tan pequeños como un puño, otros del tamaño de ciudades enteras. Rayos de luz púrpura y verde surcaban el horizonte, iluminando figuras que se movían en silencio: criaturas hechas de cristal líquido, deformes y cambiantes, que parecían observarlos desde lejos.

—Bienvenido al Mundo del Vacío —susurró Korgath, ajustando su arma—. Aquí nada es lo que parece… ni siquiera el tiempo.

Un instante después, una ráfaga invisible golpeó a Charlesman, empujándolo hacia un campo de escombros flotantes. Tuvo que desplegar su vuelo para estabilizarse, pero pronto notó que sus alas de energía no respondían igual: la gravedad cambiaba de dirección cada pocos metros.

—Mantente cerca —ordenó Korgath—. Aquí, el espacio mismo intenta matarte.

Charlesman sintió un destello en su brazo cristalino: un pulso corto, como un llamado. Miró hacia el origen y vio, a lo lejos, una fortaleza oscura construida sobre un asteroide colosal. Sus muros estaban cubiertos de símbolos brillantes que se movían como si estuvieran vivos.

Allí estaba Max. Lo sabía con una certeza que no venía de sus sentidos, sino de su vínculo.

Korgath también lo vio.
—Ese es su bastión… y si entras ahí, niño, no saldrás igual.

Charlesman apretó los dientes.
—Entonces entremos.

8. La batalla por Max

La fortaleza del asteroide se alzaba como una cicatriz en medio del vacío. Sus muros estaban hechos de un cristal negro que absorbía la luz, y sobre las torres se erguían figuras inmóviles, centinelas que parecían estatuas… hasta que giraban la cabeza con movimientos antinaturales.

Charlesman y Korgath avanzaron de roca en roca, aprovechando la cobertura que les daban los fragmentos flotantes. Cada salto era un desafío: la gravedad cambiaba sin aviso, obligando a Charlesman a recalibrar su vuelo y a Korgath a clavar sus garras en la piedra para no perderse en el vacío.

Finalmente llegaron a una grieta en la muralla. Dentro, el silencio era opresivo. Pasillos interminables se retorcían como si fueran laberintos vivos. Charlesman sentía el pulso del Cristal-X en su brazo, cada vez más fuerte. Max estaba cerca.

Giraron una esquina y allí estaba: encerrado en una jaula de energía azul, debilitado pero vivo. Sus ojos brillaron al ver a Charlesman, y trató de ponerse en pie, pero una descarga lo obligó a retroceder.

—¡MAX! —gritó Charlesman, corriendo hacia él.

Antes de llegar, una sombra cayó desde el techo. Era enorme, más alta que Korgath, con una armadura formada por placas de cristal rojo. Su rostro no tenía rasgos humanos: solo un visor en forma de X que brillaba como una herida.

—General Voryn… —murmuró Korgath, empuñando su arma—. No creí que te enviaran a ti.

El general habló con una voz grave y resonante que parecía vibrar dentro del cráneo:
—El portador no saldrá de aquí. El perro es nuestro.

Sin más palabras, Voryn se lanzó al ataque. Sus brazos se multiplicaron en destellos de energía, golpeando con una fuerza que hizo temblar el pasillo. Charlesman esquivó el primer embate, pero una patada lo lanzó contra una pared de cristal que se agrietó bajo el impacto.

Korgath intervino, bloqueando un golpe con sus seis brazos, pero Voryn lo arrojó lejos con un empujón que generó una onda expansiva. Charlesman aprovechó para contraatacar: concentró la energía del Cristal-X en su brazo y lanzó un rayo dorado directo al visor del general.

Voryn retrocedió, pero no cayó.
—Impresionante… para un niño.

Max, viendo la oportunidad, concentró lo poco que le quedaba de fuerza y lanzó un rayo láser a uno de los generadores de la jaula. La explosión rompió el campo de energía, liberándolo. El perro se colocó al lado de Charlesman, sus ojos ardiendo como carbones encendidos.

—Vamos, amigo… juntos —dijo Charlesman.

Ambos atacaron en sincronía: Charlesman desde el aire, Max desde el suelo. Sus rayos y golpes golpeaban con precisión quirúrgica, hasta que una embestida combinada destrozó el visor de Voryn, obligándolo a retroceder hacia la oscuridad.

La victoria no fue completa: el general se desvaneció en una neblina roja, dejando solo una advertencia en el aire:
—Esto es apenas una prueba.

Charlesman miró a Max y lo abrazó con fuerza. No había tiempo para celebrar. Sabía que lo que venía sería aún peor.

9. El despertar del Cristal Viviente

El eco de la advertencia de Voryn aún resonaba cuando Charlesman, Max y Korgath avanzaron hacia el núcleo de la fortaleza. El pasillo descendía en espiral, iluminado por un resplandor dorado que emanaba desde lo profundo. Con cada paso, el brazo de Charlesman latía al mismo ritmo que esa luz, como si algo en su interior respondiera a una llamada silenciosa.

Llegaron a una sala gigantesca, sin paredes visibles, como si flotaran en un vacío infinito. En el centro, suspendido por haces de energía negra, había un **cristal colosal** que parecía respirar. Su superficie cambiaba constantemente, formando figuras y símbolos que se deshacían y recomponían.

—El Cristal Viviente… —susurró Korgath, con una mezcla de temor y reverencia—. Es el corazón de los Forjadores.

Charlesman se acercó, y la voz surgió, no en el aire, sino directamente en su mente:
"Portador… eres incompleto. Devuélveme lo que es mío, y serás más que un héroe… serás eterno."

Un torrente de imágenes inundó su mente: un universo ardiendo, mundos enteros absorbidos por el poder del Cristal, y él mismo, transformado en una entidad luminosa, capaz de rehacer la realidad a su antojo. La tentación era tan intensa que por un instante olvidó el peligro.

Max ladró, rompiendo la visión. Su mirada firme le recordó quién era y por qué estaba allí.
—No vine a servirte —dijo Charlesman con voz firme—. Vine a detenerte.

El Cristal cambió de tono, como si se irritara. Sus haces de energía se volvieron rojos, y del núcleo comenzaron a formarse figuras: guerreros cristalinos con armaduras vivientes. La sala entera se agitó, como si estuvieran dentro de un organismo vivo que intentaba expulsarlos o destruirlos.

—¡Charlesman! —gritó Korgath—. Si no lo debilitamos ahora, se unirá a ti por la fuerza.

Charlesman canalizó toda su energía en el brazo cristalino. Las venas doradas brillaron como soles en miniatura, y junto a Max, que disparaba ráfagas láser a los guardianes, se lanzó contra el núcleo. El impacto provocó una onda expansiva que rompió parte de la estructura, pero también liberó un pulso que atravesó a Charlesman de pies a cabeza.

Por un instante, sintió que el Cristal Viviente lo conocía por completo… y que había dejado algo dentro de él. Algo que no podía quitarse.

La voz volvió a sonar, ahora más baja, casi como una promesa:
"Nos volveremos a ver, portador… y entonces, no dirás que no."

La luz del núcleo comenzó a apagarse, y la fortaleza empezó a colapsar. Charlesman, Max y Korgath escaparon hacia el portal mientras el Mundo del Vacío se retorcía a su alrededor. Pero en el fondo, Charlesman sabía que la verdadera batalla apenas había comenzado.

10. Un juramento bajo las estrellas

El portal se cerró tras ellos con un estallido de luz que iluminó toda la plataforma del laboratorio. El aire fresco de la Tierra golpeó el rostro de Charlesman como una caricia inesperada. Max, exhausto pero ileso, se dejó caer a su lado, jadeando y moviendo la cola con un débil pero sincero alivio.

Korgath, cubierto de grietas y polvo, observó el cielo nocturno sin decir palabra. Sus ojos pétreos parecían buscar algo más allá de las estrellas, quizá midiendo el tiempo que quedaba antes de que los Forjadores regresaran.

La Dra. Elena y el Dr. Richard corrieron a abrazar a su hijo.
—Estábamos tan preocupados… —susurró Elena, con lágrimas en los ojos.
Charlesman sonrió levemente.
—Max está de vuelta… eso es lo que importa.

Pero en el fondo, sabía que no era tan simple. El pulso del Cristal-X en su brazo no había desaparecido desde el contacto con el Cristal Viviente. De vez en cuando, sentía un murmullo, como si la voz aún estuviera allí, esperando.

Esa noche, cuando todos descansaban, Charlesman se subió al tejado de su casa con Max. El perro apoyó la cabeza sobre sus piernas mientras él miraba las estrellas.
—Sé que volverán, amigo —dijo en voz baja—. Y sé que cuando lo hagan… no estarán solos.

Max levantó la vista y soltó un suave ladrido, como si confirmara sus palabras.

En ese momento, Korgath apareció detrás de ellos, su silueta recortada contra la luna.
—Cuando llegue el día… yo estaré aquí —afirmó.
Charlesman lo miró y asintió.
—Y yo no dejaré que ganen.

El viento nocturno trajo consigo el silencio de las montañas, pero también el eco lejano de algo que se movía más allá de las estrellas. El niño héroe, el perro de rayos láser y el coloso de piedra compartían un mismo destino.

Y bajo aquel cielo infinito, Charlesman juró en silencio que, pasara lo que pasara, siempre estaría listo para la próxima batalla.

📖 **Fin de la aventura… por ahora.**

KpKa'h